

El origen de la revuelta de los Boxers

AGUSTÍN MUÑOZ VIDAL

Grupo de Investigación ASIA. Universidad Complutense de Madrid

En el verano de 1900 la opinión pública occidental sufrió una fuerte conmoción ante los sucesos que tuvieron lugar en el norte de China. Los ataques a las misiones y los intereses extranjeros, que venían dándose sistemáticamente desde hacía unos meses, se estaban intensificando. La revuelta parecía tener unas dimensiones descomunales. Los disturbios en Tianjin (Tientsin) y Beijing (Pekín)¹ eran señales evidentes de que la vida de muchos extranjeros corría peligro.

Un contingente militar internacional tuvo que intervenir para poner fin a la revuelta que estaba produciéndose en la provincia de Zhili (Chihli). El rescate de los extranjeros refugiados en las legaciones de Beijing, y los posteriores incidentes, fueron el último episodio de lo que no fue sino una aventura suicida.

La revuelta de la Yihequan o de los *Boxers*, tal como fue conocida en Occidente, constituye uno de los acontecimientos históricos chinos más estudiados por la historiografía occidental y, a la vez, uno de los peor comprendidos por su compleja naturaleza, fruto de la fuerte crisis interna que sufría China desde finales del siglo XVIII, de las rivalidades y las luchas por alcanzar el poder en la Corte de los Qing (Ching) y, por supuesto, de los abusos, de toda índole, que los extranjeros cometieron en las tierras del *Celeste Imperio*.

El propósito de este artículo es el estudio del origen de este conflicto, utilizando sobre todo para ello los testimonios de los españoles que viajaron a China en esos traumáticos años del siglo XIX. Esta documentación, que no ha sido hasta la fecha suficientemente valorada, aporta datos de especial interés y pro-

¹ En este artículo se utilizará el *pinyin*, el sistema de transcripción oficial en China desde 1958.

porciona la posibilidad de reforzar la línea de investigación iniciada por Sterling Seagrave² para el estudio histórico del siglo XIX en China, y de forma especial para el análisis de la revuelta de la Yihequan, línea claramente diferenciada de la tradicionalmente adoptada por la historiografía occidental y oriental.

CHINA: UNA COLONIA INTERNACIONAL

El tradicional aislamiento del Imperio chino se vio truncado a partir de 1840. La primera Guerra del Opio y su consiguiente tratado de paz, el tratado de Nanjing (Nanking), firmado en 1842, supusieron el comienzo de la intrusión de las potencias occidentales en China. Así, la independencia política y económica del coloso oriental fue progresivamente diluyéndose.

La apertura de China al mundo occidental se logró gracias a la superioridad militar de las naciones europeas, que siempre emplearon como primer y único argumento en su particular diálogo con el Imperio del Centro la fuerza de las armas, como bien reconocía el diplomático español Adolfo Mentaberry al llegar a Beijing:

«(...) lo que más extraña es verse uno mismo circulando en medio de una multitud curiosa y asombrada, á su vez mirando á un extranjero, un hombre de Occidente, un diablo, en la capital de un imperio cerrado como un santuario hasta que la civilización hubo de violarlo usando y abusando de la fuerza, y aun de la crueldad»³.

A finales del siglo XIX la situación se tornó especialmente delicada. En aquellos años China alcanzó sus más altas cotas de debilidad y vulnerabilidad, como consecuencia de la crisis interna que sufría desde finales del siglo XVIII, y asimismo fruto de la posición comercial desfavorable en la que se encontraba con respecto a las potencias extranjeras.

La firma del tratado de Shimonoseki en 1895, que ponía fin a la corta guerra chino-japonesa (1894-1895), supuso el comienzo de la fase más fuerte de dominación extranjera en China.

En virtud de este tratado, Japón impuso al Imperio de los Qing una indemnización muy fuerte, 230 millones de *liang*, y además tomó posesión de Taiwan y las islas Pescadores. Dada la gran competencia entre las potencias imperialistas a finales del siglo XIX, y habiéndose roto el equilibrio en China con estas ganancias territoriales por parte de Japón, los acontecimientos no pudieron desarrollarse de otra forma: el resto de potencias con intereses en China iniciaron una política agresiva que suponía el inicio del desmembramiento del milenario Impe-

² Véase Sterling Seagrave, *La Última Emperatriz de China*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1993.

³ Adolfo Mentaberry, *Impresiones de un viaje a la China*, Madrid, 1876, p. 167.

rio⁴, materializándose de este modo la división de China en las llamadas *esferas de influencia*. España y Portugal, al no disponer de la fuerza militar necesaria, y aun siendo países tradicionalmente ligados al mundo asiático, quedaron fuera de este proceso. En palabras de Fernando Antón del Olmet, Tercer Secretario de la Legación española en Beijing entre 1898 y 1899:

«Portugal, nuestro hermano, el primero en descubrir la China para Europa, perdida su grandeza de otros días, se alejó de la presa, contemplando con dolor el espectáculo de las fieras de Europa apoderándose del cadáver del coloso, y aprendiendo en tal brutal enseñanza que es necesario reconquistar la fuerza para no ser víctima de las potentes garras de la bestia de la historia. En cuanto á España, desangrada por las últimas guerras... sólo podía ser testigo del histórico espectáculo»⁵.

Otra importante consecuencia del tratado de Shimonoseki fue el derecho que adquiría Japón a invertir capitales en territorio chino, derecho que se hizo extensible de forma inmediata al resto de países gracias a la *cláusula de nación más favorecida*. En plena era del culto al progreso, la defensa del intervencionismo foráneo era clara: el pueblo chino se beneficiaba de los adelantos tecnológicos e industriales que aportaban las naciones europeas, sobre todo, y Japón, disfrutando así de una posibilidad de poder salir de su atraso:

«Porque el propósito de Europa al poner su mano hercúlea sobre el cadáver del coloso, no era, mirando las cosas con grandeza, no era el de devorarlo, sino el de galvanizar sus miembros, sustituyendo la vida natural que le animó durante los sesenta siglos de su historia por la vida artificial, última fórmula de las maravillosas invenciones del progreso. Porque los hilos del telégrafo y los carriles de la locomotora serán sus nuevos nervios, el oro de los bancos será su nueva sangre, las máquinas de la imprenta serán su nuevo cerebro, y las luces eléctricas sus ojos y el teléfono su voz»⁶.

Si bien se puede aceptar la hipótesis de que el pueblo chino no era consciente, al menos plenamente, del peligro de reparto internacional de su país, y

⁴ «Alemania se apodera en 1897 de la región de Qingdao y Jiaozhou, en el sureste del Shandong, Gran Bretaña de la de Weihai (Weihaiwei) y del extremo oriental de la península del Shandong en 1898, Rusia de la parte meridional de la península del Liaodong (región de Dailan —Dairén en pronunciación japonesa— y de Lüshun, que los occidentales rebautizan con el nombre de Port Arthur). Francia, cuyas ambiciones se centran en la China del suroeste, sigue su ejemplo en 1899 arrancando la región de Zhanjiang (Guangzhouwan) al Guangdong occidental». Jacques Gernet, *El mundo chino*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 525.

⁵ Fernando de Antón del Olmet, *El problema de la China*, Madrid, 1901, p. 26. Para el estudio de los intereses españoles en China es muy aconsejable la consulta de Luis E. Togores Sánchez, *La acción exterior de España en Extremo Oriente (1830-1885)*, Madrid, Universidad Complutense, 1992.

⁶ Fernando de Antón del Olmet, *op. cit.*, p. 27. Es más, «el “destino del hombre blanco” era el de despertar a las poblaciones de otros continentes no solamente a formas nuevas de la vida material, sino también a concepciones nuevas de la vida social y política». Pierre Renouvin, *Historia de las relaciones internacionales*, Madrid, Akal, 1982, p. 359.

que por ello el levantamiento de los *Boxers* no tuvo en este factor su principal desencadenante, la industrialización promovida por las potencias extranjeras, al amparo de su posición privilegiada, sí afectaba directamente a las condiciones de vida de muchos individuos. El desarrollo de los medios de transporte, el ferrocarril y la navegación a vapor, ocasionó la pérdida del empleo a multitud de barqueros en las zonas alledañas del Gran Canal, siendo éste un fenómeno especialmente grave en la provincia del Shandong (Shantung), zona que vio nacer el movimiento *Boxer*, donde también fueron muy fuertes los efectos de la industrialización, produciéndose una rápida desintegración de la economía natural del territorio. Muchas empresas tradicionales, ante la imposibilidad de hacer frente a la competencia extranjera, desaparecieron. El desempleo se generalizó y los afortunados que conseguían trabajo en las empresas occidentales y japonesas lo hacían a cambio de míseros salarios. Estas razones, al menos antes que el conflicto *Boxer* se encrudciera y la manipulación de la información hiciera acto de aparición, llegaron al conocimiento de la opinión pública española:

«Todas [las potencias extranjeras] aspiran á la gloria de iniciar una parte de la China en los placeres y beneficios de la civilización europea, esto es, á explotar las riquezas que indudablemente contiene. Además, es innegable que las diversas empresas organizadas por los extranjeros en China, producen en el país perturbaciones que se traducen para el pueblo en nuevas causas de miseria y de dolor»⁷.

Posiblemente aquí hay que buscar la explicación a gran parte del odio de los chinos a los logros tecnológicos e industriales extranjeros, como las vías férreas y las líneas telegráficas⁸. Por otra parte, hay que señalar que la destrucción sistemática que, ya durante la revuelta de los *Boxers*, se realizó de estas infraestructuras estaba justificada por motivos meramente estratégicos⁹.

Por otra parte, la oposición de los gobernantes y del pueblo chino a estas materializaciones de la presencia extranjera en su país está relacionada con el culto al *Feng shui*, literalmente viento y agua, que no era sino el respeto hacia los supuestos poderes ocultos de la Naturaleza, como «temibles dragones aéreos y subterráneos á quienes no hay que molestar en modo alguno»¹⁰, desconcertaba

⁷ Tomado del artículo «¿Quiénes son los *Boxers*?», *La Correspondencia de España*, 9 de junio de 1900.

⁸ Véase Jean Chesneau, *Movimientos campesinos en China (1840-1949)*, Madrid, Siglo XXI, 1978, p. 40.

⁹ Así, por ejemplo, ante el avance de las tropas extranjeras que acudieron el 10 de junio de 1900 al auxilio de las Legaciones de Beijing, «los rebeldes [los *Boxers*] destruyeron tramos de la línea [de ferrocarril] de modo que aquél se vio obligado a restaurarla mientras avanzaba». *El movimiento Yijetuan*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978, pp. 60-61.

¹⁰ Esta cita y la siguiente tomadas de Luis Valera y Delavart, *Sombras chinescas. (Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio)*, vol. I, Madrid, 1902, pp. 226-227.

en gran medida a los occidentales, como al propio Luis Valera, Primer Secretario de la Legación española en Beijing entre 1900 y 1901:

«[El Feng shui] es el conjunto de influencias contrarias ó prósperas, que de misteriosa manera nacen de la configuración de los terrenos, del curso de los ríos, de la posición de los astros, del aire que sopla, de los fluidos que hay en la tierra, de los vapores que de ella salen y de otras mil cosas por el estilo que sería cansado enumerar».

En el siglo XIX el Feng shui constituía una verdadera ciencia esotérica que reglamentaba gran parte de la vida de los chinos, y a la vez suponía un obstáculo considerable para la expansión de los intereses extranjeros en el Imperio de los Qing. Así, la construcción de casas, ferrocarriles, líneas telegráficas, carreteras, etc., provocó la ira de los ciudadanos, ya que, en muchos casos, eran en opinión de los chinos, un auténtico atentado contra el equilibrio de estas fuerzas naturales. El rechazo hacia los adelantos foráneos llegaba en algunos casos a extremos verdaderamente sorprendentes, como bien demuestra la anécdota recogida por Adolfo Mentaberry en relación con la construcción de la línea telegráfica construida entre Shanghai y Hong-Kong en marzo de 1871:

«(...) estaba á punto de terminarse: sólo faltaba fijar en tierra la extremidad norte del cable; pero se opuso el gobierno chino, y fue preciso instalar la oficina telegráfica sobre un barco anclado en medio del río. Después de esto, ¡qué ingeniero se atreve á plantar los jalones de una vía férrea!»¹¹.

En otras ocasiones los adelantos occidentales ponían en peligro la existencia de lugares sagrados para la sociedad china, como eran los cementerios situados en las afueras de las ciudades y de los pueblos, lugares que de forma especial llamaron la atención de los viajeros españoles que visitaron China durante estos años:

«(...) donde ya apenas se veían casas europeas, pero sí villorios indígenas, y por todas partes, hasta donde alcanzaba nuestra vista, en medio de los sembrados y en el centro cada una de espacio inculto, cientos y cientos de dispersas pirámides de barro, cuya cúspide estaría á una vara ó vara y media del suelo. Estas pirámides ó montecillos no son sino tumbas. Los chinos no entierran a los muertos en lugares determinados por las autoridades y únicamente allí: los entierran en el campo, en las afueras de las poblaciones... Las tumbas se conservan ó deben conservarse intactas hasta que... ocurre un cambio de dinastía... Y como los cambios de dinastía no son frecuentes y la población es muy densa en China, resulta que todo el territorio de ella viene á ser un inmenso cementerio»¹².

¹¹ Adolfo Mentaberry, *op. cit.*, p. 149.

¹² Luis Valera y Delavart, *op. cit.*, t. I, p. 57.

Este conjunto de creencias, que eran vistas por los occidentales como vulgares supersticiones, fueron sistemáticamente violadas por los adelantados extranjeros, ignorando la importancia que tenían en China. Como bien comprendió, tras realizar un viaje al Imperio chino, el economista francés Pierre Leroy-Beaulieu:

«(...) á haber tenido los europeos mayor cuidado en no ofender ciertas supersticiones del pueblo chino, al efectuarse la construcción de los caminos de hierro, respetando, entre otros lugares sagrados, los cementerios, la insurrección *boxer* no se hubiera extendido tanto entre las clases populares»¹³.

La consecuencia del choque entre dos mundos tan diferentes, el chino, fundamentalmente agrícola, y el occidental y japonés, en plena efervescencia industrial, no pudo haber sido diferente, sobre todo por la tendencia, propia de los potencias imperialistas durante el siglo XIX, a no respetar los derechos básicos de los pueblos colonizados, que eran vistos como comunidades inferiores cuyo destino era el sufrir el acoso de los países más avanzados:

«La ley de la naturaleza, grande en su brutalidad, en su crueldad hermosa, quiere que en la lucha por la vida sea el triunfo del más fuerte y desaparezca de la creación aquel ser débil, que siendo indigno de ella no tenga derecho á la existencia. Y la ley providencial, contemplando desde lo alto la lucha de los seres, consiente que perezcan para siempre las razas de la tierra, cuando degeneradas y caducas se conforman con su abatida decadencia, empuñando la vil pipa del opio en vez de la bandera del progreso»¹⁴.

El desprecio hacia el pueblo chino fue prácticamente generalizado; sólo algunas pocas voces se alzaron para reclamar un trato igualitario cuando la revuelta de la Yihequan empezó a ser conocida en Europa:

«El chino no constituye una raza inferior. Tiene un concepto de la vida distinto del nuestro; acaso con razón nos llaman bárbaros. El europeo cifra su gloria en la fuerza de las armas. En China el hombre de guerra es despreciado. El sabio está muy por encima del guerrero»¹⁵.

Mucho más frecuentes, tanto en la prensa occidental como en los extranjeros residentes en China, son las opiniones del tipo de las realizadas por Luis González Gil durante los ataques de los miembros de la Yihequan:

«Mentira parece que los chinos, gente que de puro inofensiva y candorosa se dejan engañar por todo el mundo, hayan escandalizado con sus atropellos y desmanes á la

¹³ *La Época*, 17 de julio de 1900.

¹⁴ Fernando de Antón del Olmet, *op. cit.*, p. 27.

¹⁵ En «¿Quiénes son los *Boxers*?», *La Correspondencia de España*, 9 de junio de 1900.

Europa civilizada... [la insurrección acabará pronto] porque el chino es un ser asustadizo como el conejo y débil como un suspiro de amor»¹⁶.

Los juicios desfavorables que los ciudadanos de las potencias extranjeras tenían sobre China fueron la constante en uno de los colectivos cuyos intereses resultaron más afectados por los ataques de los *Boxers*: los misioneros católicos y protestantes.

MISIONEROS EN TIERRA DE PAGANOS

El siglo XIX fue un período de gran actividad misionera. El nuevo espíritu evangelizador se caracterizó por un conservadurismo muy marcado sobre todo en las misiones en territorio chino. Los misioneros jesuitas, cultos e interesados por el mundo cultural que les acogía, habían aportado a las misiones, en los siglos anteriores, un espíritu abierto y tolerante que en esta nueva etapa desaparece casi por completo. La llegada de los misioneros protestantes marcará una tendencia de signo muy distinto:

«En comparación con las cualidades mentales y con los sentimientos y los grandes acontecimientos científicos que sus predecesores jesuitas llevaron a China, los misioneros protestantes eran generalmente hombres de estrechas miras, conservadores y desprovistos de imaginación»¹⁷.

Estos misioneros, con la inestimable colaboración de no pocos misioneros católicos, fueron los responsables, en gran medida, del cambio de la actitud occidental hacia China en el siglo XIX, tras unos siglos de auténtica pasión por todo lo referente al Imperio del Centro.

Este nuevo contingente misionero propagó una imagen de los chinos totalmente negativa; la *innata perfidia* china impedía salvar sus almas: «La perversidad del corazón chino es el principal obstáculo para recibir la divina gracia»¹⁸. De la misma forma, sus vicios les inhabilitaban para cualquier empresa común mínimamente digna:

«Tengo por cierto que la China como imperio no se levanta. Es un cuerpo podrido sin elementos para una resurrección: son masas de gentes moralmente incapaces de

¹⁶ Luis González Gil, «Hablar de la China», *La Correspondencia de España*, 12 de junio de 1900.

¹⁷ Raymond Dawson, *El camaleón chino*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 191.

¹⁸ Carta de fray Mariano Jimeno del 1 de agosto de 1892, publicada en *El Correo Sino-annamita* o *Correspondencia de las Misiones del Sagrado Orden de Predicadores en China, Formosa, Tongking y Filipinas* (en adelante *El Correo Sino-annamita*), vol. XXVI, Manila, 1892, p. 38.

unificarse, en el sentido político de una reacción capaz de levantarse del estado de postración á que sus vicios le han reducido, sin virtud cívica alguna»¹⁹.

Lejos de preocuparse por comprender el conjunto de creencias religiosas del pueblo chino, desde el primer momento las vilipendiaron, considerándolas supersticiones «necesariamente malignas»²⁰, especialmente todo lo referente al Feng Shui, no dudando, en muchas ocasiones, en desafiarlas deliberadamente con la construcción de sus casas y parroquias²¹. No faltaron las ocasiones en las que la ignorancia y el desprecio se tradujo en una radical intolerancia que explicaba el odio de los chinos hacia los misioneros. El misionero español Raymundo Lozano relata la historia, bastante significativa, de otro misionero que viajaba en un barco con tres ciudadanos chinos:

«(...) al observar y ver por las mañanas y á la oración encendían sus farolillos, sus candelitas y hacían sus genuflexiones y reverencias como tienen de costumbre para adorar á sus dioses, llevado de un celo altamente indiscreto y que calificamos de grande imprudencia, echó mano á los farolillos y los rompió, y hasta se propasó é hizo lo mismo, nos dijeron, con un idolillo que llevaban a bordo. Imprudencia fué esta que le puso y le constituyó en un eminente peligro de perder la vida»²².

En otra ocasión, en un pueblo de la provincia de Fujian (Fukien), los misioneros protestantes «mutilaron algunos ídolos de un fano; los paganos sabido esto, se amotinaron, y la gran multitud gentílica alborotada destruyó la iglesia protestante»²³. Esta clase de sucesos aparecen reflejados con bastante frecuencia en los relatos de los misioneros españoles que vivieron en China durante el siglo XIX.

Por otra parte, los misioneros para los chinos estaban íntimamente asociados a la dominación extranjera. No en vano, gracias a la firma de los gobernantes chinos por la fuerza de la serie de *tratados desiguales* a partir de 1860 habían ganado el derecho de asentarse y predicar su doctrina en el interior de China, gozando de la protección de las potencias coloniales. Así, ante cualquier conflicto con las autoridades o el pueblo chino los misioneros, sobre todo los protestantes, pudieron recurrir a la fuerza de las armas para proteger sus intereses²⁴, lo que supuso un grave error en su labor evangelizadora:

«Respetable y santa mientras se encierra en su esfera moral de caridad y amor, la Iglesia se convierte en elemento peligroso cuando pretende, siquiera sea con desin-

¹⁹ Carta del padre Alier de noviembre de 1895, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. XXIX, Manila, 1895, p. 102.

²⁰ Raymond Dawson, *op. cit.*, p. 193.

²¹ Como se indica en Jean Chesneaux, *op. cit.*, p. 41.

²² Raymundo Lozano y Megia, *Viaje a la China con algunas observaciones muy útiles y provechosas para los que vayan a aquel Imperio*, Madrid, 1879, p. 119.

²³ Carta del vicario de la Misión de China, fray Ignacio Ortúzar, del 27 de diciembre de 1869, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. VI, Manila, 1871, pp. 10-11.

²⁴ Uno de los casos más significativos tuvo lugar en Tianjin en 1870, cuando el cónsul francés

teresado pensamiento, convertirse en autoridad y fuerza. Mejor ó peor, vivieron las Misiones durante los quince siglos abandonadas á sí mismas, mientras que han sido víctimas de la persecución y la matanza á los pocos años de unirse á la política, marchando juntamente con la diplomacia de Pekín»²⁵.

Los misioneros pasaron a ser considerados, sobre todo por los gobernantes chinos, que además tenían que tratar a los obispos católicos como si de otros gobernadores se tratase, como agentes políticos de las potencias coloniales, y ciertamente, en algunos casos actuaron como tales²⁶. Además, los ataques a las misiones eran aprovechados por las potencias para extorsionar a la Corte de los Qing y así beneficiarse con nuevas ganancias territoriales, comerciales o financieras²⁷.

Es importante señalar que aunque las fricciones con los misioneros eran muy frecuentes, ya que en muchas zonas eran casi la única manifestación de la presencia extranjera en China, como en provincia de Shandong, los *Boxers*, a pesar de que tradicionalmente se les ha calificado como fanáticos sectarios que realizaron grandes matanzas de misioneros por su odio irracional a la religión cristiana, atacaron sobre todo a los chinos convertidos a esta religión²⁸.

Este hecho ha de matizar necesariamente la concepción occidental de la revuelta de la Yihequan como una reacción xenófoba contra los extranjeros. Muchos de los viajeros que visitaron China en la segunda mitad del siglo XIX, incluso durante el fatídico verano de 1900, relatan como el pueblo chino no reaccionaba de forma violenta, por lo general, ante su presencia. Luis Valera, en el mes de agosto de 1900, paseando por Shanghai, cuenta cómo se veía rodeado a veces por multitud de chinos:

«(...) de esa compacta masa de amarillos seres humanos, casi todos medio en cueros, salían infinitas exclamaciones guturales, saludos á amigos distantes, y también

imprudentemente ordenó disparar contra los chinos que se manifestaban en contra del orfanato católico de la ciudad. La reacción nativa fue inmediata y unos veinte extranjeros murieron, quedando arrasada la misión católica. Véase Jacques Gernet, *op. cit.*, p. 509. Según Gray, en Jack Gray, *Rebellions and Revolutions. China from the 1800s to the 1980s*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, p. 115, las misiones católicas soportaban el mayor número de incidentes, ya que los misioneros católicos, se aventuraban más en el interior de China, al no tener una familia a su cargo, como muchos de los misioneros protestantes, además de la nociva influencia del expreso apoyo francés a las misiones católicas, de cuya custodia era responsable.

²⁵ Fernando de Antón del Olmet, *op. cit.*, p. 42.

²⁶ Por ejemplo los misioneros Timothy Richard y Gilbert Reid en la llamada «Reforma de los cien días». Véase Sterling Seagrave, *op. cit.*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1993, pp. 244-245, y *El movimiento reformista de 1898*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1980, pp. 30-33.

²⁷ Como en los sucesos de Tianjin comentados en la nota 24 o en 1897 tras la muerte de dos misioneros alemanes en la provincia de Shandong. Para este último caso véase Sterling Seagrave, *op. cit.*, p. 313, y *El movimiento Yijetuan*, *op. cit.*, pp. 4-5.

²⁸ Jack Gray, *op. cit.*, p. 137.

chuscas reflexiones sobre los europeos que pasaban, las cuales reflexiones eran acogidas con risotadas y transmitidas de boca en boca. No era resuelta hostilidad lo que se pintaba en las caras que nos rodeaban»²⁹.

Los conversos chinos, llamados *cristianos de arroz*³⁰ por el resto de sus compatriotas, para la propia emperatriz Cixi habían sido la causa principal de la revuelta de los *Boxers*; así lo relató años más tarde una de sus damas de compañía:

«¿Sabes cómo empezó la revolución *Boxer*? Pues la culpa la tuvieron los cristianos chinos que trataban muy mal a los *Boxers*, y éstos se quisieron vengar de ellos... Estos cristianos son la gente peor de China. Roban a los pobres campesinos, les despojan de sus tierras y propiedades, y los misioneros los defienden y protegen para entrar con ellos a la parte de los despojos.

Cuando se presenta un chino cristiano en el Yamen del magistrado ya no se arrodilla ni obedece la ley del celeste Imperio, como los demás; y, en sus palabras, es altivo con los funcionarios del Gobierno. En estas circunstancias los misioneros hacen cuanto pueden para protegerlos, creen cuanto dicen y logran del magistrado que les ponga en libertad»³¹.

En efecto, los conversos chinos estaban formados, en su mayor parte, por elementos marginales de la sociedad china, personas de muy baja condición social y delincuentes³², «gente pervertida y malévola»³³, que a cambio de engrosar la lista de almas salvadas para mayor gloria de los misioneros, sobre todo de los protestantes, ganaban dinero, conseguían trabajo y disfrutaban de una serie de privilegios ante la justicia china, gracias a la protección de los misioneros:

«Ciertamente que si el Virrey [de la provincia de Fujian] fuera un hombre de más criterio y asegurase que la mayor parte de los chinos prosélitos que siguen las huellas de los ministros protestantes son malos, y entran en su religión para poner en cubierto sus felonías, no tendría inconveniente en adherirme á su parecer, y diría que es verdad. Los vagamundos y traidores á los cuales se recibe con los brazos abiertos en aquella escuela, están ya seguros y libres de toda responsabilidad que hayan contraído delante de sus prójimos»³⁴.

²⁹ Luis Valera y Delavart, *op. cit.*, t. I, p. 39.

³⁰ Sterling Seagrave, *op. cit.*, p. 308.

³¹ Der Ling, *Dos años en la Ciudad Prohibida. Vida íntima de la emperatriz Tzu-Hsi*, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1913, pp. 183-184.

³² En ocasiones bandas enteras de forajidos entraban a formar parte de este grupo social buscando la inmunidad. Véase Sterling Seagrave, *op. cit.*, p. 312.

³³ Carta del vicario de la misión de China, fray Ignacio Ortúzar, del 27 de diciembre de 1869, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. VI, Manila, 1871, p. 11.

³⁴ Carta del padre Nicolás Guixá del 17 de diciembre de 1870, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. VI, Manila, 1871, p. 67.

El rencor del resto de la población hacia estos individuos fue creciendo a medida que el poder de los conversos se hizo mayor:

«Los reverendos pastores [protestantes] viven á sus anchuras en sus lujosos palacios del puerto, y no sólo no dirigen el movimiento, pero ni siquiera saben lo que hacen sus catequistas [los líderes de los conversos]. Estos son los que manejan todo á la espalda de los pastores; de modo que en realidad han llegado á formar, no diré que una secta, pues lo menos hacen es difundir su doctrina, sino una sociedad de mútua defensa de intereses puramente materiales, y defendiéndose de las vejaciones de los más fuertes, ya tomando cuando pueden la ofensiva vejando á sus compatriotas, ya evitando la extorsiones de los empleados del tribunal, ya en fin, eludiendo, si pueden, la justa contribución á las cargas públicas»³⁵.

En la década de 1890 todos estos factores, que ya de por sí originaban multitud de graves disturbios, comenzaron a ser instrumentalizados por parte del poder político chino, tanto en la Corte como en algunas de las provincias, para promover una reacción patriótica en el pueblo, cuya última consecuencia fue las actividades de los *Boxers*. Una amplia campaña de difusión de las perversiones y maldades de los misioneros y los conversos, por medio de pasquines, galvanizó los odios y acrecentó la ya deformada visión popular de las actividades de los misioneros. En esta actividad propagandística las alusiones nacionalistas eran frecuentes:

«La Religión del Señor del Cielo, es la Religión de los reinos extranjeros, y ha venido á China para dañar á este reino... Cada día quieren con más ahínco arrebatar nos el imperio, cosa que debemos evitar nosotros; por esto deseamos con todo nuestro corazón que los sabios y listos para negocios de todos los pueblos, con el pueblo en masa, nos ayuden con todas veras para echar á los extranjeros lo más pronto posible»³⁶.

Las tremendas historias que se contaban sobre los misioneros llegaron hasta la Corte manchú, siendo la propia emperatriz Cixi (Tzu Hsi) una de las muchas personas que las tomaron como ciertas³⁷, ya que según la emperatriz los misioneros «dan a los chinos una medicina que hace desear a los que la beben ser cristianos... Además los misioneros toman a los niños pobres chinos y les sacan los ojos para hacer medicinas»³⁸. Si la acogida de niños ciegos en los orfanatos llevó a la población a creer que los misioneros les arrancaban los ojos, la alta mortalidad en estos locales, motivada por el lamentable estado en el que llegaban

³⁵ Carta del padre Alier de 9 de septiembre de 1894, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. XXVIII, Manila, 1894, p. 116.

³⁶ Texto de pasquín recogido en la carta del padre Vila de 18 de agosto de 1894, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. XXVIII, Manila, 1894, p. 60.

³⁷ Véase Sterling Seagrave, *op. cit.*, p. 308.

³⁸ Der Ling, *op. cit.*, p. 180.

muchos de los niños que se acogían al asilo ofrecido por los misioneros, levantó la sospecha de que eran asesinados «para prácticas extrañas y hechizos y conjuros con los corazones que arrancaban calientes del pecho...»³⁹. Otro factor que ayudó a fomentar la desconfianza hacia las misiones fue el hecho de que los religiosos no dudaran en recompensar con dinero a los chinos que les llevaban niños *supuestamente abandonados*: «[la persona que recoge a los niños] espera cobrar una prima por su hallazgo, y empieza con el director del asilo una negociación, que no termina hasta que se ofrece una pequeña cantidad de dinero, una o dos pesetas á lo sumo». De esta forma, en las comunidades chinas se extendió el rumor de que los misioneros compraban a los niños con fines malignos.

LOS GUERREROS DE LA YIHEQUAN

A finales del siglo XIX se produjo un intenso rebrote de las actividades de las sociedades secretas en China. Estas sociedades eran organizaciones, con una ya larga tradición en la historia china, que se formaban por la común necesidad de protección y que, generalmente, eran antidinásticas. El mal gobierno de los Qing, en opinión de los miembros de estas sociedades, era el culpable de todos los males que asolaban las pobres zonas rurales de China: los manchúes no podían estar legitimados por el Cielo para reinar. Los manchúes Qing eran una dinastía invasora. Las desastres que asolaban al pueblo eran claros indicios de la necesidad de la llegada al poder de una auténtica dinastía china.

Las sociedades secretas, ya en el siglo XIX, orientaron gran parte de sus ataques hacia los extranjeros, puesto que, como ya se ha comentado, la dominación colonialista provocó grandes perjuicios al pueblo chino⁴⁰. En la última década del siglo en todas las provincias chinas, y sobre todo en las septentrionales, se dieron reacciones violentas contra la presencia occidental.

La situación era muy delicada en la provincia de Shandong, donde además la pobreza era extrema y las calamidades naturales, hambrunas, inundaciones y sequías habían castigado sus poblaciones desde 1895⁴¹.

En esta provincia los conflictos con los bandidos que se acogían a la pro-

³⁹ Esta cita y la siguiente tomadas de Eduardo Toda y Güel, *La vida en el Celeste Imperio*, Madrid, 1890, pp. 309, 311-312.

⁴⁰ «No fue casualidad que las dos grandes oleadas de luchas campesinas, la de 1850-1870 y la de 1895-1911 correspondieran a las dos principales acometidas de la presión imperialista en China». Jean Chesneaux, *op. cit.*, p. 55.

⁴¹ «En el año 1898, la mayor parte Shantung anegada mientras que más de 50 prefecturas y distritos sufrían sequía. Las calamidades devoraban innumerable cantidad de vidas y riquezas del pueblo y centenares de miles de campesinos forcejeaban al borde de la muerte, sobrecogidos por el frío y la miseria». *El movimiento Yijetuan*, *op. cit.*, p. 15. Véase además Jacques Gernet, *op. cit.*, pp. 535-537.

tección misionera eran constantes. Sólo la autodefensa garantizaba la supervivencia.

En 1896 en el sur de Shandong, cerca de la provincia de Jiangsu (Kiangsu), comenzaron las actuaciones contra los chinos cristianos de una sociedad secreta inédita hasta el momento: la *Dadaohui* o Sociedad del Gran Sable. La similitud de los ritos practicados por los componentes de la *Dadaohui* con los que tradicionalmente habían caracterizado a los militantes de la *Bailianjiao*, la Sociedad del Loto Blanco, fundamentalmente antidinástica y ya extinguida, hizo sospechar a Li Bingheng (Li Ping-heng), gobernador de Shandong, que los incidentes eran provocados por elementos contrarios al régimen manchú. La realidad era otra: la *Dadaohui* era una milicia aldeana organizada para luchar contra los bandidos conversos que asolaban esa parte de la región; dado que no suponían un peligro para el régimen, Li Bingheng toleró sus actuaciones e incluso las fomentó con la ayuda del magistrado Yu Xian (Yu Hsien). La *Dadaohui* solucionaba en gran medida la ineficacia de las tropas imperiales en la lucha contra la delincuencia, por la protección que proporcionaban los misioneros a muchos bandidos conversos. Una milicia fuera de la ley podía contrarrestar el poder de estas bandas, ya que no comprometerían al gobernador ni a la Corte de Beijing. Además en un futuro se podía emplear la *Dadaohui* como medio para expulsar a los extranjeros de China. Li Bingheng, uno de los gobernantes más firmemente opuestos a la presencia extranjera en el Imperio chino, sabía que este recurso ya había sido empleado con anterioridad⁴².

Li Bingheng era uno de los firmes aliados de los nobles cortesanos manchúes más reaccionarios; estos formaban una fuerza política con gran poder en la Corte de Beijing. Exageradamente xenófobos, odiaban a los extranjeros y a los chinos que colaboraban con estos. La venganza era su principal razón de ser. Las potencias occidentales y Japón, con su voraz apetito de concesiones y ganancias territoriales parecían apostar por el reparto del Imperio. Así lo creían estos peligrosos cortesanos, y ciertamente no andaban muy equivocados. Deseaban la vuelta al glorioso pasado en el que las tropas manchúes era invencibles. Esta sectaria facción desde mediados del siglo XIX, aunque con distintos protagonistas, ya había embarcado a China en guerras imposibles con los occidentales.

Este grupo de ignorantes y anacrónicos manchúes en los últimos años había ido abarcando casi todos los puestos importantes en la administración imperial, aunque todavía los funcionarios más moderados podían ofrecer cierta oposición. El líder de esta fuerza era el príncipe Zai Yi (príncipe Tuan), que disfrutaba, gracias a su parentesco, de una situación privilegiada para poder influir en el

⁴² A mediados de los años ochenta en el sur de China, cuando antiguos combatientes del movimiento de los Taipings formaron los llamados *Heiqijun*, los Pabellones Negros, para luchar contra las tropas francesas. Durante la primera Guerra del Opio en la provincia de Guangdong se organizaron milicias formadas por campesinos para combatir los excesos de las tropas inglesas. Véase Jacques Gernet, *op. cit.*, p. 483, y Sterling Seagrave, *op. cit.*, pp. 311-314.

ánimo y las decisiones de la emperatriz Cixi, a quien convenció para que su ejército personal reforzara la seguridad de la Ciudad Prohibida. Comenzaba así una protección que acabaría casi convirtiéndose en un secuestro⁴³.

La Dadaohui parecía ofrecerles la oportunidad esperada. Los ejércitos imperiales, en los que Zai Yi y sus compañeros tenían una fe inquebrantable, harían el resto. Sin embargo la instrumentalización de esta sociedad secreta no parecía ser el camino adecuado.

Los miembros de la Dadaohui practicaban las tradicionales artes marciales chinas: el *Taiji quan* y otras versiones del *Wushu*⁴⁴. Estas técnicas de combate, presentes en todas las sociedades secretas, eran empleadas como medio de auto-defensa y como recurso para regenerar al degradado pueblo chino. El opio, introducido en grandes cantidades por los extranjeros, hacía estragos en la salud de la buena parte de la población. No pasó este detalle desapercibido a los viajeros occidentales mínimamente imparciales, que dejaron constancia del estado de los chinos adictos a esta droga:

«Flacos y enjutos de carnes, de aspecto lacio, torpes sus movimientos, andan arrastrando las piernas: su cara es pálida, con los pómulos salientes, los labios lívidos y los ojos brillantes cual si tuvieran fiebre... [los efectos secundarios] ocasionan la pérdida de la memoria, la suspensión de las demás funciones cerebrales y un estado de abatimiento de todas las fuerzas físicas... Sería muy difícil encontrar una enfermedad ó vicio causantes de los estragos y las víctimas que en justicia pueden atribuirse al opio en China»⁴⁵.

La Dadaohui, aunque útil en la lucha contra el bandolerismo, resultaba inapropiada en una campaña a gran escala para expulsar a los extranjeros de China. Esta empresa requería un apoyo popular masivo. La dureza y el sacrificio que llevaba aparejado el entrenamiento en las artes marciales no era la mejor propaganda para comprometer a amplios sectores de la población.

Sin embargo, en la provincia de Shandong, en 1896 apareció una nueva modalidad de Wushu, ciertamente degenerada, en la que primaba el componente esotérico. Las artes marciales perdían de este modo su original pureza. Los luchadores no tenían que esforzarse para adquirir las habilidades necesarias para el combate. Una serie de ritos y hechizos, adornados con algunos movimientos pugilísticos, les proporcionaban algo mucho más necesario: la invol-

⁴³ Véase Sterling Seagrave, *op. cit.*, pp. 205-206.

⁴⁴ Este término es el más adecuado para denominar al conjunto de escuelas que forman el corpus de las artes marciales chinas, aunque en Occidente en los últimos años se ha venido empleando frecuentemente vocablo *Gongfu* (Kung-Fu), ya que Gongfu «es un coloquialismo del sur de China que no designa las artes marciales per se, sino que es una palabra que indica cualquier labor llevada a su más alto grado de perfección, gracias a un esfuerzo intenso y prolongado». J. Vilá, *Guía del wushu*, Barcelona, Obelisco, 1987, p. 7.

⁴⁵ Eduardo Toda y Güel, *op. cit.*, pp. 109, 111 y 112.

nerabilidad absoluta. Estos luchadores serían más tarde conocidos como los *Boxers*:

«Como estos chinos son muy aficionados á la esgrima, dándoles por el gusto y valiéndose del boxeo, así los seducen y embaucan. El cabecilla y principales todos son maestros consumados en dicho arte y los chinos pronto se ofrecen discípulos dóciles de sus maniobras.

Supuestas ya las primeras nociones, les arman de una grande espada y de un especial abanico y les dan además un diploma de admisión (un papelucho con garabatos ininteligibles) y los tienen *V. armados caballeros a la nueva usanza. Nada de armas de fuego ó de otra cualquier clase.*

Con dichos tres elementos son invulnerables (así lo creían ellos) aunque sea á los cañones krup y a toda la maquinaria terrestre.

Los principales tienen secretos que no comunican á sus adeptos; de ahí que se les vea hacer mil diabluras, como comerse fuego, arrojarse desde los tejados y subir á ellos con suma ligereza y mil cosas de este género»⁴⁶.

Los *Boxers* formaban la llamada Yihequan, la Sociedad de los Luchadores por la Justicia y la Armonía. La teoría de que esta sociedad era en su origen un movimiento antidinástico reconvertido en levantamiento antiextranjero y anticristiano es ya tradicional⁴⁷. Aunque se afirme que la Yihequan es un tardío rebrote de la *Bailianjiao*⁴⁸, este movimiento actuaba exclusivamente contra los misioneros occidentales y sus conversos, y contó desde sus inicios con el apoyo expreso del sector radical de la Corte por medio de sus intermediarios: Li Bingheng y Yu Xien, quienes utilizaron a los maestros que viajaban por las localidades para reclutar el mayor número posible de efectivos⁴⁹. De esta forma se desmonta la tradicional hipótesis de la rotunda espontaneidad del movimiento de la Yihequan como respuesta del pueblo ante los abusos imperialistas⁵⁰.

Los miembros de la Yihequan eran fundamentalmente campesinos, aunque

⁴⁶ Carta de fray Vicente Blasco de 1 de marzo de 1906, publicada en *El Correo Sino-annamita*, vol. XXXIV, Manila, 1906, pp. 24-25. A pesar de la tardía fecha del documento es un testimonio valioso ya que dibuja a la perfección las prácticas de estos grupos, que pervivieron en algunos lugares, como se puede apreciar, hasta varios años después del final de la gran revuelta de los *Boxers*.

⁴⁷ Véase Jean Chexneaux, *op. cit.*, p. 43; Jack Gray, *op. cit.*, pp. 136-137, y *El movimiento Yijetuan*, *op. cit.*, p. 20.

⁴⁸ Véase Jean Chexneaux, *op. cit.*, p. 12, y Jacques Gernet, *op. cit.*, p. 527. Aun así no es cierto que la Yihequan se formó a principios del siglo XIX tal y como se afirma en John King Fairbank, *Historia de China. Siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, p. 155; en Herbert Franke y Rolf Trauzettel, *El Imperio chino*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 50-51, y en Jack Gray, *op. cit.*, p. 136.

⁴⁹ «Estos maestros eran enviados como organizadores y provocadores, de la misma manera que se hacía circular propaganda para agitar al campesinado». Sterling Seagrave, *op. cit.*, pp. 315-317.

⁵⁰ Tal y como erróneamente se defiende por ejemplo en Herbert Franke y Rolf Trauzettel, *op. cit.*, p. 325, en *El movimiento Yijetuan*, *op. cit.*, p. 10; en K. M. Panikkar, *Asia y la dominación occidental*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 204, y en Jack Gray, *op. cit.*, p. 136-137.

también abundaban en esta organización otros elementos, que se caracterizaban por su marginalidad, y por su pobreza: artesanos, barqueros, soldados licenciados, etc; las mujeres también formaban parte de la Yihequan, constituyendo tropas especiales de gran eficacia⁵¹. Como los componentes de muchas sociedades secretas, rechazaron el consumo de toda sustancia nociva para el cuerpo⁵²: era contraproducente para el *entrenamiento* de las artes marciales, que les servían como medios de autodefensa.

La popularidad de la Yihequan creció vertiginosamente. Aunque en 1899 los ataques todavía no revestían gravedad, las denuncias de los misioneros provocaron las protestas de los ministros extranjeros en Beijing, obligando a la Corte china a destituir al entonces gobernador de Shandong, Yu Xian, y a nombrar en su lugar al general Yuan Shikai, quien aunque no colaboró con los cabecillas de la Yihequan, tampoco actuó con excesiva dureza.

A principios de enero de 1900 los maestros que dirigían el movimiento empezaron a predicar en localidades de la provincia de Zhili, acercándose poco a poco a la capital. Este movimiento pudo ser resultado del cambio de gobernador, aunque también pudo ser una estrategia acordada previamente por Zai Yi y su camarilla⁵³.

En mayo comenzaron los incidentes en las poblaciones cercanas a Beijing. Las estaciones de ferrocarril eran incendiadas, las vías férreas arrancadas, los puentes destruidos.

La flota extranjera, amarrada frente a los fuertes de Dagou (Taku), se reforzó a petición de las legaciones de Beijing y un pequeño contingente internacional reforzó la seguridad del barrio diplomático en la capital. Las presiones de los ministros extranjeros parecían no surtir efecto: la rebelión seguía su curso en la provincia de Zhili.

El día 10 de junio el almirante Seymour partía con 2.000 hombres desde Dagou hacia la capital para proteger las legaciones, pero la resistencia que encontró en el camino obligó a las tropas internacionales a retirarse hacia Tianjin. Unos días más tarde, los comandantes de la flota situada en Dagou lanzaron un ultimátum al gobernador de Zhili: los fuertes de Dagou debían rendirse el 17 de junio. No lo hicieron, y la guerra entre China y las potencias comenzó por iniciativa de los militares de estas últimas⁵⁴. Los fuertes de Dagou cayeron en

⁵¹ La igualdad entre ambos sexos era una de las constantes en las sociedades secretas chinas. La crisis campesina había hecho mucho daño en la familia tradicional china. Muchas mujeres incluso tuvieron que formar agrupaciones exclusivamente femeninas para luchar contra las injusticias que soportaban. Véase Jean Chexneaux, *op. cit.*, pp. 42-43.

⁵² Como los componentes de otra de las sociedades secretas que lucharon contra los extranjeros: la Sociedad de los Vegetarianos, «cuyos afiliados solo se alimentan de sustancias vegetales, no fuman opio, ni tabaco, ni beben vino». Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, sec. Política Exterior, China, leg. H2368, n.º 129 (Beijing, 9 de agosto de 1895).

⁵³ Sterling Seagrave, *op. cit.*, p. 320.

⁵⁴ Los comandantes no consultaron a sus gobiernos respectivos, y en verdad podían haber evi-

poder de los aliados y la lucha se trasladó a Tianjin, donde las tropas imperiales respondieron a la agresión, siendo derrotadas a los pocos días. El 21 a la Corte llegaron noticias de los enfrentamientos en Dagu y Tianjin. Ese día China declaraba la guerra a las potencias⁵⁵; mientras, el sitio al barrio de las legaciones en Beijing ya había comenzado⁵⁶.

RESUMEN

La revuelta de los *Boxers* es uno de los acontecimientos históricos peor comprendidos de la China del siglo XIX. La escasa participación de España en los hechos hace que las fuentes bibliográficas y documentales españolas sean especialmente valiosas para el estudio de esta fase histórica, ya que aportan una serie de datos que cuestionan gran parte de los postulados de la historiografía tradicional.

Las causas que motivaron la revuelta de los *Boxers* son diversas. Esta revuelta fue consecuencia del desprecio sistemático, fruto de la ignorancia, de los misioneros protestantes hacia las costumbres y creencias chinas, y de los abusos de las potencias occidentales en el *Imperio del Centro*. Esta circunstancia fue aprovechada por una parte de la nobleza manchú influyente en la corte, para así fomentar un levantamiento que, de este modo, no fue ni mucho menos espontáneo y no se caracterizó, al menos en sus comienzos, por el racismo contra los extranjeros.

ABSTRACT

The *Boxer uprising* is one of the nineteenth century China's historic events badly understood. Spain didn't take an important role in this event, therefore the Spanish bibliographic and documentary sources are useful in order to study this historic phase, because these sources question the majority of the traditional historiography's statements.

There are several reasons why the *Boxer uprising* took place. This rebellion was a consequence of the Protestant missionaries' disparaging attitude, as a result of ignorance, to Chinese customs and cults, and foreign occupation's abuses in the *Middle Kingdom*. Part of the Manchurian nobility close to the imperial throne took advantage of this chance and fomented this revolt. It was neither a spontaneous uprising nor, at least in the beginning, a xenophobic movement.

tado el ultimátum desembarcando tropas más al Norte. «Este fue un momento particularmente delicado y uno sobre el que se ha mentido desde entonces, porque no había ningún estado de guerra entre los aliados y China; técnicamente el enemigo lo constituían los *Boxers* insurrectos, no el gobierno chino». Sterling Seagrave, *op. cit.* p. 348.

⁵⁵ No es cierto que China declarase la guerra ante el avance de las tropas del almirante Seymour, tal como se afirma en John A. Harrison, *China since 1800*, Nueva York, 1967, p. 86.

⁵⁶ En la actualidad estamos preparando un estudio sobre el sitio al barrio de las legaciones en Beijing que será publicado próximamente.